

## DE BUENOS AIRES A MENDOZA EN 1821

por ALEXANDER CALDCLEUGH (1)

Traducción de José Luis Busaniche

El día 22 de febrero (de 1821) di comienzo a los preparativos de mi viaje para cruzar el continente. Sabía que las pampas ya estaban muy despobladas por las invasiones de los indios del sur y apresuré mi partida porque cualquier dilación podría hacer impracticable la travesía. Estos viajes se efectúan generalmente a caballo, si bien los vehículos pueden llegar hasta el pie de los Andes, más allá de Mendoza,

---

(1) La presente crónica de viaje constituye un capítulo del libro titulado *Travels in South America during the years 1819-20-21 containing an account of the present state of Brazil, Buenos Ayres and Chile; by Alexander Caldcleugh. Two volumes. London. MDCCCXXV.* Se trata de una obra relativamente rara, de la que han sido traducidos al castellano los capítulos correspondientes a Chile, no así la parte referente a la Argentina y al Brasil. Alexander Caldcleugh perteneció, en su época, al personal de la embajada inglesa en Río de Janeiro, y de esta ciudad partió en su viaje a Buenos Aires que se prolongó hasta Chile y el Perú. El capítulo que ahora se traduce tiene especial atractivo, no sólo por las observaciones del viajero sobre la extensa zona que describe y las costumbres y usos de sus habitantes, — en este sentido son de un gran interés folklórico, — sino por los lances y peripecias en que Caldcleugh fué actor al internarse en la zona conmovida por las guerras civiles. Para el lector no familiarizado con la historia argentina de aquellos años, importa recordar que el de 1821 marca un momento decisivo en las guerras civiles del litoral que se extendieron

pero la inseguridad de los caminos, las profundas cañadas y la imposibilidad de reparar el carruaje en caso de accidente, han sido causa de que este medio de locomoción sea muy poco usado en los últimos tiempos. Cuando se le practica, los caballos se atan al coche de la manera más simple: una correa de cuero amarrada al carruaje por un extremo, se asegura por el otro al recado y sirve para todos los usos siendo reemplazada con facilidad en caso de rotura. Pocos son los coches que llegan sanos a Mendoza, en parte por la rapidez con que se anda y también por esa inveterada costumbre que tienen todos los postillones del mundo, de apresurar la marcha del vehículo precisamente en los sitios donde debiera correr más despacio.

En épocas tranquilas, grandes tropas de carretas cargadas de yerba mate y objetos manufacturados, hacen el camino entre Mendoza y Buenos Aires. Marchan, como es natural, muy despacio, pero ningún medio de comunicación es más apropiado para personas que se interesan en la búsqueda de ejemplares de historia natural, porque una carreta grande puede adquirirse con poco dinero y ofrece comodidad para la preparación de las piezas encontradas. También se evitan muchos peligros y pueden obtenerse en el camino las provisiones necesarias, aparte la facilidad de excursionar a uno y

---

por el sur de Córdoba y San Luis hasta territorio de Mendoza. Es el año en que Ramírez y Carrera se levantan contra la nueva situación creada por los gobernadores de Santa Fe y Buenos Aires, López y Rodríguez, en los tratados de Benegas (noviembre de 1820). Ramírez invade a Santa Fe, siendo derrotado. En el sur de Córdoba se une a José Miguel Carrera, que llega por la pampa con numerosa horda de indios y un escuadrón de chilenos. Ambos jefes se separan después. Ramírez encuentra la muerte en territorio de Córdoba. Carrera, luego de obtener algunas ventajas, se apodera de San Luis y marcha sobre Mendoza donde sufre completa derrota, cae prisionero y es fusilado en setiembre de ese año. Carrera pretendía pasar a Chile y derrocar a O'Higgins frustrando la campaña de San Martín en el Perú. Cuando Caldeleugh atraviesa la pampa hacia Mendoza, van llegando a la parte meridional de Córdoba y San Luis, los indios acaudillados por Carrera. A su vuelta de Chile, durante el mismo año, Caldeleugh hace la travesía por Córdoba y Santa Fe, encuentra al ejército de Estanislao López y mantiene una corta entrevista con el caudillo santafecino. *N. del T.*

otro lado de la ruta. Con todo, no sería prudente apartarse mucho de la tropa, ni perderla de vista, porque suelen seguir-  
la algunos merodeadores que no se paran en medios para ro-  
bar lo que pueden. Debe evitarse asimismo, durante el viaje,  
la exhibición de cualesquiera clase de valores, así sean unos  
pocos pesos, porque importaría grave indiscreción.

Me decidí por el viaje a caballo, que es el que más co-  
munmente se hace. Consideré también que el ejercicio me se-  
ría benéfico a la salud — no muy buena entonces — y que  
correría menos riesgo por parte de los indios pudiendo esca-  
par con más facilidad. No tardé en contratar un baquiano que  
se comprometió a llevarme hasta Chile por la suma de sesenta  
pesos. Era este baquiano un hombre alto, de cara colorada y  
modales muy ordinarios que no predisponían en su favor; de-  
bía de tener conciencia de esto último porque vino a verme  
en compañía de su hija, una bonita muchacha que se encargó  
de hablar por él. Se llamaba Sebastián Chiclana. Hay en Bue-  
nos Aires un buen número de estos hombres que se ganan la  
vida como guías o correos atravesando las pampas y hacién-  
dose hasta cierto punto responsables de la vida de los viaje-  
ros, a extremos de que, en caso de accidente, se ven obligados  
a dejar su oficio.

Adquirí un recado porteño, cuyas prendas sirven también  
para formar una cama bastante pasadera. Colócanse, primero,  
sobre el caballo varias mantas de lana, dobladas, para que  
no pase el sudor que es excesivo debido al fuerte calor y al  
rudo trabajo del animal; sobre las mantas se pone una pieza  
de cuero curtido, con variados adornos y encima la silla o  
*recado*. Este se parece a la silla que usan los carniceros en  
Inglaterra. Una cincha fuerte, con dos argollas de hierro, ase-  
gura el recado al lomo del caballo. Un cuero de oveja, teñido  
de azul (el pellón) y una pieza de cuero blanco, (el cuerito),  
apretada por otra correa, (la sobrecincha) completan el equi-  
po de montar. Los estribos son pequeños y se usan muy lar-  
gos. El freno es muy diferente al de Inglaterra; una argolla  
grande pasa por el centro del bocado y sobre ella accionan

las piernas del freno, dándole a éste mucha fuerza. Las riendas son de cuero torcido y sus extremos sirven de látigo. Ninguna otra especie de freno sería bastante fuerte para sujetar caballos apenas domados o que no han sido ensillados nunca. Estos animales, en cuanto sienten el peso del jinete, arrancan a galopar y parece que no conocieran otro paso, como no sea el tranco. No llevan herraduras porque no lo exige la naturaleza del terreno y también porque su costo doblaría el precio del caballo.

En cuanto a comodidad personal, reduje mi equipaje a una maleta ligera y un colchón. En las alforjas puse yerba mate en abundancia, té, azúcar, bizcochos, y, por pedido de Chiclana y los postillones, una buena cantidad de cigarros. Agregué un par de *chifles* o grandes cuernos, llenos de aguardiente, que, según el baquiano me dijo, eran muy quebradizos. Por cierto que me sentí aliviado cuando se agotaron, porque mientras duró el alcohol, Chiclana se mantuvo en un estado continuo de estupidez. Más tarde me confesó que semejante depósito había constituido para él una carga superior a sus fuerzas. Los chifles me fueron muy útiles para llevar agua en diversas etapas del viaje.

En cuanto a indumentaria, me vestí a la usanza del país; llevaba un poncho cordobés, botas de lana, <sup>(1)</sup> grandes espuelas y sombrero de paja. Completaban mi equipo un cuchillo inglés, cincelado, que puse en la bota y un par de pistolas que arreglé en la cabezada del recado.

El viaje hasta Mendoza, por la pampa, ofrecía pocos peligros hasta estos últimos tiempos, pero la despoblación de la campaña ha envalentonado a las tribus salvajes — que antes vivían relativamente sumisas a los españoles — y es causa de que se corran hacia el norte e interrumpen las comunicaciones con Chile.

---

(1) Así dice el original: *woollen boots*. En un grabado de Vidal, el titulado "Paisanos de Tucumán" [en Buenos Aires] puede observarse una especie de polaina en colores, a la que talvez se refiera el texto de Caldclough. Emeric Essex Vidal. *Picturesque Illustration of Buenos Ayres etc.* London. 1820. N. del T.

En otro tiempo, y en el trayecto del camino que cruza el país, vivían familias honradas que proporcionaban caballos a los viajeros y en algunos sitios se habían levantado pequeños fuertes para repeler los ataques de los indios. Pero al presente la casa de posta es una miserable choza de barro y el propietario, en el mejor de los casos, vive en un estado de pobreza lamentable.

El camino no va directamente hacia el oeste como lo han supuesto algunos viajeros, sino en dirección nor-oeste por una distancia de ciento cincuenta leguas y luego toma rumbo sur-oeste. El viaje en sí ofrece poco interés; se hace a través de una continua llanura con pocos árboles y ríos y sin más límite que el horizonte, de suerte que, con un sextante, podría tomarse exactamente la latitud, descontando la parte de refracción.

Voy a transcribir las notas que tomé, tal como fueron escritas entonces. Creo que el común de los lectores no las encontrará desprovistas de interés y que serán de mucha utilidad para quienes tengan intención de realizar ese mismo viaje.

Me procuré un pasaporte y una orden para que me dieran caballos en las postas. El 24 de febrero teníamos ya dos caballos de montar y un carguero, listos para partir. Iba también conmigo un muchacho, el postillón, que se encargaría de arrear el carguero y cambiar los animales al final de cada jornada. El caballo del postillón debe ser pagado por el viajero. El alquiler de los caballos es de medio real cada uno, la legua, pero cuando son caballos de tiro y lo mismo cuando se sale de una ciudad, el precio es doble. La medida de la legua — en general — es de unas tres millas y media, inglesas, pero en la provincia de Santa Fe las leguas son mucho más largas. Estas observaciones las considero necesarias para la mejor comprensión de las notas que siguen.

El 24 de febrero, a las siete de la mañana, nos pusimos en marcha. La distancia desde Buenos Aires a Puente de Márquez es de siete leguas. En este punto hay un rancho miserable y las gentes son muy groseras. El camino, a la salida de Buenos

Aires, es muy malo y lleno de pantanos. Chielana, el guía, perdió en esa ocasión su trabuco. Muy luego entramos en el campo raso. Se veían algunas quintas a la distancia y ciertos lugares cercados donde grupos de caballos, animados a latigazos, corrían a vueltas pisando cereales (1). En un principio atravesamos extensiones de campo cubiertas de pastos resecos por el sol y en la última parte de esta jornada empezamos a ver cardos muy altos, plantas de cepa-caballo con flores purpúreas y gran cantidad de pájaros que atravesaban el camino, predominando una especie de garza. Había mucho ganado vacuno y las vacas estaban gordas, aunque el pasto no era de lo mejor. Dejamos a la izquierda un pueblito, llamado Cañada de Morón.

Hasta la Cañada de Escobar hay siete leguas; el camino poco se diferencia del anterior y abunda el ganado vacuno y yeguarizo; se ven los cardales en gran parte caídos y pisoteados por los animales, y cuevas de vizcachas en gran cantidad; este animal tiene alguna semejanza con el conejo, siendo más grande. El maestro de posta nos trató bien; la casa era miserable y construida de barro; había pulgas a millones. En esta posta pasamos la noche.

*25 de febrero.* Muy de mañana nos pusimos en camino para la Cañada de Rocha, distante cinco leguas. El camino idéntico a los anteriores. Pasamos tres ombúes; estos árboles son comunes en los alrededores de Buenos Aires pero se hacen más raros a medida que se avanza hacia el interior. Vimos una majada de ovejas y cruzamos varios arroyos fangosos y de escasa corriente. A dos leguas de la Cañada de Escobar, entramos en la villa de Luján; pueblo muy bien edificado con un bonito Cabildo o Ayuntamiento y una iglesia famosa por sus milagros. En este punto examinaron nuestras maletas y pasaportes. Seguimos por campos muy pantanosos hasta la Cañada de Rocha donde empezó a llover con truenos y relámpagos hasta las

---

(1) La llamada "trilla con yeguas" que se usó hasta que llegaron las máquinas trilladoras y aún mucho después. *N. del T.*

ocho de la noche; ya comenzábamos a sentir los efectos del violento ejercicio y dormimos en el lugar mencionado. Había menos pulgas y la gente se mostró muy hospitalaria.

*26 de Febrero.* El lunes a las dos de la mañana estábamos en pie y a las cuatro emprendimos la marcha. El camino era idéntico al que habíamos recorrido; no se veía un solo árbol; el suelo estaba muy húmedo y las cañadas muy crecidas por la lluvia del día anterior. Anduvimos cinco leguas hasta la Cañada de la Cruz. La posta estaba en mejores condiciones y la gente nos atendió bien.

Hasta Areco, seis leguas; mayor cantidad de pájaros y los cardales caídos y pisoteados como en sitios anteriores. Vimos unos pocos sauces y una planta que el postillón dijo llamarse *hierba de la perdiz*; la mujer de la posta sostenía que estaba equivocado. La gente, pobre y muy servicial; el agua mala. En este sitio fué encontrado, no hace mucho, un diente de megaterio.

Hasta las Chacras de Ayala marchamos cinco leguas; habríamos andado dos leguas cuando pasamos el río del mismo nombre; los terrenos de los alrededores son bajos y pantanosos. Aparecieron algunas perdices. Por una larga distancia, los pastos y los cardos habían sido quemados. Cerca de la posta, en las Chacras de Ayala, vimos unos pocos chanchos. Esta posta era superior a las que habíamos pasado y todo presentaba mejor aspecto a medida que nos alejábamos de Buenos Aires. Las mujeres se mostraron muy bondadosas y me pidieron un poco de yerba. En esta posta, como en las tres anteriores, hubimos de detenernos a esperar que trajeran los caballos; no habían podido hacerlo a causa de las grandes lluvias del día anterior. Junto a las postas hay un espacio cercado, el corral, donde hacen entrar a los animales cuando hay que enlazarlos.

Hasta Arrecifes, siete leguas; el camino atraviesa campos más fértiles que los anteriores. Vi algunas malvas y otras flores parecidas al altramuz; también una especie de calabaza y una planta semejante a la llamada entre nosotros "cola de

perro", en forma de penacho; observé asimismo algunas otras del tipo de las plantas inglesas. Pasamos unas barrancas de considerable altura y después nos tocó vadear el río Arrecifes con el agua hasta el percuzo del caballo quedando nosotros muy mojados, como es de imaginar. A las siete menos cuarto estuvimos en Arrecifes y allí pasamos la noche, después de haber andado, desde la mañana, veintitrés leguas. En esta jornada, el andar del caballo me produjo dolores muy agudos en las piernas y en la espalda, a punto de que no podía inclinarme. El calor se había dejado sentir en forma sofocante, diariamente, sobre todo en las horas de la mañana desde que salimos de Buenos Aires. Por la tarde soplabla siempre una brisa ligera pero la recibíamos en la espalda. El terreno era de color ligeramente amarillo. En Arrecifes el alojamiento fué más o menos el mismo: un rancho de barro, dos camas formadas con cueros de vaca y la misma abundancia de pulgas, dentro como fuera de la casa.

*27 de Febrero.* A Fontezuelas, ocho leguas. Vi las primeras rocas; una piedra amarillenta, caliza, en forma de estalactita y puse algunos ejemplares en las alforjas. Pasando Arrecifes, el terreno desciende gradualmente. Aparecieron algunas piedras de estratos perfectamente horizontales. Atravesamos algunas cañadas.

Hasta el pueblo mismo de Arrecifes hay dos leguas; se trata de una pequeña aldea donde pudimos conseguir pan fresco y aguardiente. Después que salimos de allí sobrevino una espantosa tormenta con truenos y relámpagos que nos dejó empapados pero pudimos secarnos antes de llegar a Fontezuelas. Esta casa de posta no es mala y el patrón se mostró muy amable. Allí nos detuvo otra tormenta de truenos y relámpagos. Hicimos cuatro leguas más hasta la Cañada de Gómez; el camino estaba pesado y fuimos sorprendidos por una tercera tormenta. Estas tormentas abarcan zonas muy pequeñas y pueden evitarse, ya sea adelantando la marcha o retardándola. La posta de Gómez era una de las mejores del camino pero había sufrido muchos daños durante las últimas



guerras. La dueña de casa — cosa rara en estos países — tenía completamente blancos los cabellos, cejas y pestañas; era viuda y aparentaba unos treinta y cinco años.

Hasta el Arroyo del Medio hicimos siete leguas largas; el camino sin variantes, el campo más pastoso y mayor cantidad de caballos y vacas; pájaros en abundancia, que se mostraban poco sorprendidos a nuestra vista; algunos, que parecían gallos por su aspecto, comían en unas osamentas; <sup>(1)</sup> éstos pájaros se ven mucho en el camino desde Buenos Aires. Pasamos un arroyo de fondo muy duro y después el Arroyo del Medio, entrando en la provincia de Santa Fe. El camino era muy desigual hasta que llegamos a la posta; la gente de la casa daba muestras de ser industriosa; el alojamiento fué muy malo. Observé dos chiquillos muy lindos como otros que había visto en el camino, pero es de notar que, a medida que entran en edad, adquieren aspecto muy ordinario, y el cabello largo, que parecen ostentar con orgullo, no contribuye tampoco a su buena apariencia. Los chicos del campo no conocen otro alimento que carne y leche, y no saben lo que es el pan. En cuanto a mi, al salir de Buenos Aires traté de mantenerme exclusivamente a leche, pero dos o tres días después, comprobé que no era lo más apropiado para el violento ejercicio que cumplía diariamente y la sustituí por un poco de carne que asábamos sobre un fuego de cardos secos las más veces, porque la leña era muy escasa.

Hasta el Arroyo de Pavón hicimos ocho leguas por campos muy semejantes a los anteriores. Después de vadear varios arroyos, el postillón perdió el camino, lo que me disgustó bastante inspirándome cierta desconfianza. Anocheció con cielo despejado aunque se veían relámpagos en el horizonte. Las vizecachas corrían muy cerca de nosotros produciendo un extraño ruido; volaban pájaros nocturnos y veíanse muchas luciérnagas en los lugares pantanosos. Por evitar unos barriales muy grandes, perdimos nuevamente el camino y vinimos

---

(1) Los caranchos. *N. del T.*

a parar a unos ranchos donde el postillón nos instó a bajar del caballo. Yo encontré un pretexto para no hacerlo, pero Chiclana tomó asiento y se puso a fumar y a charlar a sus anchas. En esta posta nos quedamos más de lo necesario y no llegamos al Arroyo de Pavón hasta las nueve y media, muy fatigados, porque al último, mi caballo no daba más y se caía en las vizcacheras que no podíamos evitar por la oscuridad de la noche. Decidí no quedarme otra vez a campo raso después de anochecido, porque se corren serios peligros. En este rancho no había nada que comer y el agua apenas si podía beberse. Arreglé mi colchón y me dormí pero pronto fui despertado por la tormenta más espantosa que había visto en mi vida. Duró por espacio de ocho horas con lluvia torrencial y viento. Los relámpagos eran continuos y como el rancho se hallaba en lo más alto de una loma, daba la impresión de que los atraía. Por fortuna el techo no tenía los agujeros tan comunes en todas las casas del camino que habíamos recorrido. En casos semejantes, es costumbre hacer una especie de barricada en la puerta para que el viento no se la lleve, como suele ocurrir si no se toma esa atinada precaución.

*28 de Febrero.* Me levanté a las siete de la mañana pero hube de esperar hasta las once por la crecida del río. Felizmente conseguí leche para el desayuno y más tarde un poco de asado y caldo. Esta posta no es mala para dormir; había muchos mosquitos pero menos pulgas que en las anteriores.

La indumentaria de los postillones todos, consiste en pantalones y una especie de delantal de cuero de potro que se arrollan a la cintura; llevan sombrero negro redondo y bajo él un pañuelo suelto que les cae por detrás.

A las doce nos pusimos en marcha para el Arroyo del Sauce, distante cinco leguas; el camino estaba pantanoso y mi caballo tenía tan feo andar que lo cambié por el de don Sebastián Chiclana. Seguimos galopando porque cuando se anda de viaje no se conoce otro paso. Cruzamos el arroyo Pavón y uno de sus brazos, después el arroyo del Sauce, que es bastante profundo y algo pedregoso. Estos arroyos, pequeños y

de curso lento, desaguan todos en el Paraná en tiempo de lluvias pero en otras épocas pueden verse secos.

A la una y media llegamos al arroyo del Sauce; mi baquiano empezó a quejarse del caballo que le había dado; dijo sentir dolores en la espalda y que desde dos años atrás no montaba un animal semejante. Esta circunstancia me hizo perdonarle sus malos procederés de la noche anterior, cuando me tuvo en el campo tan a deshora, por charlar con quien encontraba, fumando y gastándome la yerba. La casa de posta en el Arroyo del Sauce era muy mala; la mujer, como de costumbre, me pidió un poco de yerba, retribuyéndomela con unos duraznos. Ignoraba esta mujer cómo se llamaba la posta próxima y si los indios se hallaban cerca o lejos. Por aquí todos se sienten inclinados a contestar *quién sabe!*... haciendo como que ignoran las cosas más simples. Los cardales, que habían ido disminuyendo a partir de las últimas tres postas, desaparecieron, por fin, después de haber andado entre ellos por lo menos veinte leguas. Las dos últimas postas se hallaban rodeadas por huertas de duraznos.

Hasta Manantiales o la Horqueta anduvimos cinco leguas; los campos eran más bajos; pasamos dos arroyitos antes de llegar al río Saladillo de Manantiales que cruzamos con el agua al pecho de las cabalgaduras. Como una legua más allá encontramos un convoy de carretas que venía de San Juan con carga de vinos y otros efectos; tiraban de cada carreta seis bueyes; en la parte más alta de los carros llevaban la leña y en cada uno de ellos se veían dos ruedas de repuesto que los propietarios suelen vender con ventaja en Buenos Aires. Las carretas hacen más o menos ocho leguas por día según el estado de los caminos.

Llegamos así a Manantiales; la posta estaba formada, como las anteriores, por dos o tres ranchos de barro. El agua era muy buena; se obtiene haciendo un pozo pequeño en la orilla de los arroyos; el pozo se llena inmediatamente de agua clara y fresca que hay que sacar enseguida porque en pocos

minutos se pone muy salada; en cada ocasión se hace necesario abrir un nuevo pozo. El suelo es de tierra gredosa.

Hasta Candelaria, cuatro leguas. Vimos algunas estancias en la lejanía. Encontramos un viajero y más gente que la acostumbrada. Cruzando el arroyo de la Candelaria, se llega a la posta; entramos a la casa como a las siete y decidimos pasar allí la noche. El cuarto destinado a los viajeros estaba destruído.

Poco después de mi llegada, apareció un hombre a caballo, tocando la guitarra y luego se puso a cantar una especie de antifona ante una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria que había en el cuarto de la posta. Hecho ésto se volvió hacia mí, y habiéndole dado mi nombre el baquiano, cantó en mi honor una larga canción. La mujer se mostró muy amable. Vivían en la posta tres hombres con sus mujeres y niños; éstos hombres eran jugadores y bebedores empedernidos. A las ocho tendí mi recado pero dos criaturas que estaban cerca no cesaron de llorar en toda la noche; ésto, añadido a las pulgas que abundaban como nunca y a los mosquitos, apenas si me permitió dormir algunos momentos.

A las dos de la mañana del día 1º de Marzo comencé los preparativos para ponerme en camino lo más pronto posible. Aquí debo anotar que en las últimas ocho postas, todos los hombres que ví, llevaban el pelo largo y, muy probablemente, no se lo habían cortado nunca desde su infancia; en cuanto al trabajo, no hacían otra cosa que pastorear el ganado; las pobres mujeres cargaban con todo el tráfago de la casa sirviendo a los maridos con la mayor humildad.

La mujer más vieja es la que generalmente ceba el mate y lo sorbe antes de pasarlo de mano en mano, para comprobar si está bueno; como yo era el visitante y, por lo común, el que proveía la yerba, se me destinaba siempre el primer mate como un honor que bien hubiera deseado renunciar. La patrona de esta posta era una mujer superior a las otras y había sido criada en Santa Fe, ciudad distante unas ciento cincuenta leguas de aquí; tenía tres hijos como todas las fami-

lias que había encontrado en el camino, y parecía ser ese el número máximo, porque nunca encontré más. Puede influir en esa circunstancia la vida de trabajo fatigoso que llevan las mujeres y la costumbre de amamantar a los niños hasta los tres o cuatro años.

Tuvimos un retardo, como de costumbre, a causa de los caballos que se encontraban lejos de la casa. No aconsejo a los viajeros que pasen la noche en este lugar porque el maestro de posta bebe mucho y no tardará en cometer algun crimen. A poco de mi llegada trató en vano de verificar si yo escondía plata en mi maleta y hasta declaró que, según el peso, debía ser mucha. En realidad, el peso era debido a unas piedras recogidas en el camino. Esto me hizo entrar en sospechas y en lugar de tender mi colchón para acostarme, hice cama con el recado y la maleta y fingí dormir, pero con una pistola en cada mano. Cerca de mi, cuatro individuos jugaban a las cartas y bebían aguardiente. En esas circunstancias, el maestro de posta trató de convencer a mi baquiano de que me asesinaran entre los dos y que dividirían el dinero, fugando después a Santa Fe o a Corrientes. Agregó que pasarían meses antes de que se descubriera mi muerte y que la justicia nunca los aprehendería; en esto último decía verdad porque nos hallábamos en paraje muy apartado y lejos de todo gobierno estable. Chiclana intentaba disuadirlo en lo posible y le hacía beber de continuo hasta que, al final, el de la posta cayó al suelo completamente borracho. El baquiano se arrastró entonces hasta donde yo estaba para precaverme contra cualquier ataque.

Por la mañana, el mismo maestro de posta me rogó que no creyera nada de lo que Chiclana pudiera decirme y todavía me pidió que le mandara de Chile una caja de cigarros. Cuando pasé de vuelta por ese lugar, supe que ese mismo individuo había sido asesinado poco tiempo después de aquella ocasión en que intentó matarme. La culpa de lo ocurrido conmigo fué del baquiano que me hizo pasar la noche en un sitio semejante.

*1º de Marzo.* A las siete y media de la mañana salimos

para los Desmochados, a seis leguas cortas de distancia. El camino era perfectamente llano y en muy pocas partes había barro; vi algunas flores parecidas al azafrán amarillo, y un guanaco <sup>(1)</sup> atravesó, galopando, el camino. Llegamos a los Desmochados a las nueve y cinco. Constituían la posta varios ranchos de barro con comodidad para pasar la noche. El moblaje — si merece llamarse así — de todas estas casas en que me tocó entrar, estaba formado por dos o tres cueros de buey estirados cada uno sobre cuatro postes clavados en el suelo; servían de cama y a veces de mesa; también había dos o tres bancos, más propiamente asientos, formados por cabezas de vaca. Entraba ya en la zona de territorio invadida últimamente por los indios; la posta estaba rodeada por una doble empalizada con foso y un cerco de tunas muy espeso.

Dejé la posta a las diez, en dirección a Arequito, cuatro leguas largas de ahí; el camino era igual pero se veían más estancias. En Arequito nos detuvimos un buen rato por falta de caballos. Seguimos andando cuatro leguas hasta la Esquina de la Guardia y cruzamos el río del mismo nombre. Hubo aquí en otro tiempo un pequeño fuerte que marcaba el límite entre las provincias de Santa Fe y Córdoba. El campo sin variantes hasta El Saladillo o pequeño arroyo salado de La Cruz Alta donde el suelo aparecía cubierto por una capa de sal. La posta era uno de los muchos ranchos de barro de por ahí. En este paraje de la Cruz Alta fué enterrado el Virrey Liniers después que lo fusilaron en Cabeza de Tigre. El sitio apenas se distinguía en el cementerio contiguo a una capillita del lugar. Desde Luján, era este el primer cementerio que veía en el camino. Abundan por aquí los árboles de buena madera y los cercos de tuna muy altos y espesos.

A Cabeza del Tigre hay cuatro leguas. Perdimos el camino al oscurecer y a las nueve de la noche llegamos a una de las mejores postas del camino; no tenía pulgas y la patrona era una mujer de muy buenos modales. Había muchas plantas de tunas, de doce pies de altura, más o menos, que

---

(1) Sería un venado... *N. del T.*

daban una flor blanca. Rodeaban la casa algunos árboles pequeños y en los alrededores el campo estaba cubierto de matorrales; el agua era muy buena.

Durante los tres últimos días habíamos podido comer zapallos, que se consumen mucho, y me resultaron muy agradables porque ya se me hacía difícil alimentarme únicamente de carne. Los gastos hechos en los distintos lugares donde había pasado la noche, fueron insignificantes; la remuneración más apropiada consistía en un poco de yerba para la patrona de la casa que me la retribuía siempre ofreciéndome lo mejor de que podía disponer.

*2 de Marzo.* Salimos para la posta de Lobatón, a distancia de cinco leguas; al salir del pueblito vi dos avestruces domésticos y continuamos hasta las márgenes del río Tercero. Nubes de mariposas alzaban vuelo entre los pastos y cubrían el campo. A dos leguas de allí vimos el sitio donde fué fusilado Liniers. Debe decirse, con respecto a este último, que al iniciarse la revolución y en unión de las autoridades de Córdoba, declaró rebelde al gobierno de Buenos Aires y por esta causa fué condenado a muerte. Por el camino de Buenos Aires lo trajeron hasta este mismo lugar donde se detuvo repentinamente el carruaje en que lo conducían. Pidiéronle que caminara hacia un lado del camino y allí fué arcabuceado de inmediato. Así cayó Liniers, sin duda uno de los hombres más honorables del país, víctima de su lealtad para con España y de su reconocimiento al título y la pensión que con justicia recibía de aquella corte. De haber podido olvidar todo eso, hubiera prestado a su patria los mayores servicios porque tenía extraordinarios talentos militares como lo demostró en la última infortunada expedición que hicieron los ingleses contra Buenos Aires. Cuando llegó dicho ejército, Liniers era un simple capitán de la armada y tomó el mando del ejército por la huida del Virrey Sobremonte a Córdoba. Sobremonte, según el Deán Funes, ordenó que celebraran un Te-Deum por su llegada a la dicha ciudad. Después de la capitulación del ejército inglés, Liniers fué proclamado Virrey por las autori-

dades, hasta que llegaran los despachos oficiales de Madrid. La corte española, influenciada por algunas intrigas y por la circunstancia de que Liniers era extranjero y vinculado a varias de las principales familias de Buenos Aires, se negó a confirmar la designación y nombró en su lugar a Cisneros. Liniers entregó el mando y se retiró a Córdoba. Tenía ya el título de Conde de Buenos Aires, conferido con una pensión de 100.000 reales de las rentas de la ciudad. Las tropas le eran adictas y esta circunstancia precipitó su suerte. El Deán Funes dice en su excelente historia que Liniers era “de una presencia llena de gentileza, de un aire noble y de un porte voluptuoso”.

Llegamos a Lobatón, un simple rancho, y no cambiamos caballos hasta la posta de Saladillo, nueve leguas más adelante. Antes pasamos un río de agua salada que desemboca en el Tercero. Este también es salado en tiempo de seca. En la posta me encontré con un fraile franciscano que viajaba de Córdoba a Buenos Aires. Era hombre de edad proveyta y parecía lamentar los cambios operados en el país por la revolución. Terminó sus comentarios con un “no hay remedio”, expresión filosófica muy común en labios de los hispano-americanos.

Hasta Barrancas hicimos cuatro leguas. En la llanura se veían más árboles achaparrados, uno de los cuales, llamado “jume”, produce una pequeña cantidad de álcali.

Barrancas está formada por varios ranchos. La patrona de la posta se mostró muy obsequiosa. Había muchos zarzales en las cercanías de la casa. Ví otro guanaco y también algunos perros pelados que no son raros por esta región. Las mujeres de esta posta, como las de las últimas que habíamos pasado, hacían trabajos de hilandería.

Desde que se entra en la provincia de Córdoba, puede advertirse que la gente es más industriosa, y los pueblos tienen mejor apariencia. Partimos para Zanjón, distante cuatro leguas y de ahí hacia Fraile Muerto, a cuatro leguas también. El camino sigue las orillas del río Tercero, los árboles son más



grandes; pasamos algunos bosquecillos de mimosas. Fraile Muerto es un pueblito que consta de unas sesenta casas de adobe. Decidimos pasar allí la noche a fin de componer mi recado y la maleta que habían sufrido mucho con la premura del viaje. Pude conseguir un poco de pan y aguardiente. El maestro de posta se portó muy bien. El agua era buena.

*3 de Marzo.* A las cuatro de la mañana partimos para Tres Cruces y la Esquina de Medrano, a distancia de ocho leguas. El camino seguía por las márgenes del río Tercero, señalado por una hilera de árboles. Pasamos algunas estancias rodeadas de arboledas. Con un poco más de agua, esta comarca tendría buenas maderas. Vi algunos cuervos grandes como gallinas y los mismos arbolillos del día anterior; también unas flores, parecidas al alelí, de color amarillo pálido y unas hierbas que semejaban la cola de un gato.

La gente de buenos modales, y en la posta una casa.

Hasta el arroyo San José, ocho leguas. Anduvimos una distancia considerable por las márgenes del río Tercero, entre matorrales de mimosas con espinas y hierbas tan altas que apenas se distinguía el camino. La ruta de Córdoba se dirige hacia la derecha, en dirección norte, mientras la de Mendoza sigue al oeste. Encontramos al correo Gómez que iba para Buenos Aires, habiendo salido diez días antes de Santiago del Estero. Estos correos hacen grandes distancias cumpliendo a menudo jornadas de cincuenta leguas durante varios días seguidos. Pagan la mitad de la tarifa establecida para el alquiler de los caballos y éstos deben serles suministrados inmediatamente. Si por azar se les da un mal caballo, tienen el derecho de degollarlo en el mismo sitio y lo hacen con frecuencia. El correo Gómez nos informó que los indios se habían retirado pero que debíamos apresurarnos a pasar por la parte norte del sitio en que se encontraban, tomando todas las precauciones necesarias. Estas ocho leguas se hicieron muy largas, y para salvarnos de una tormenta apuramos el galope y llegamos a la posta (del Arroyo de San José) bastante mal, viéndonos obligados a permanecer allí durante tres horas.

Hasta Cañada de Lucas pusimos cinco horas, llegando a las cinco y media; tendí mi colchón y me acosté, no del todo bien. Mala noche fué esa, de truenos y relámpagos.

*4 de Marzo.* Todo mejoró; la gente de la casa muy honrada e industriosa; se tejían mantas y se fabricaba jabón case-ro; también extraen el álcali de una planta que abunda mucho en las cercanías; la llaman *quinoa* o *quimoa* y también *ataco*: esta planta tiene una flor amarilla y la quemán cuando está verde, obteniendo considerable provecho.

Hasta Punta del Agua hicimos seis leguas que, según mi baquiano, eran más de ocho; cruzamos la cañada por terrenos muy bajos encontrando bosques de mimosas de escasa vegetación. Cruzamos un arria de mulas procedente de San Juan que conducía vinos para Buenos Aires y supimos por los arrieros que los indios estaban a cierta distancia en dirección sur. Atravesamos unos malezales cubiertos de flores muy fragantes y llegamos a Punta del Agua en mejores condiciones. El agua era la mejor que habíamos encontrado desde hacía tres días. El dueño de casa era un hombre bien educado; nos sentamos a la mesa con la familia y se nos sirvió carne asada y caldo. Aquí determiné cambiar de régimen de vida y comer a mediodía como por la noche. La yerba mate me había resultado muy tonificante y consumía tanto como mi baquiano. Hay en este lugar (Punta del Agua) una iglesita pero no se practica el culto.

Partimos para Santa Bárbara, doce leguas de distancia. El camino, en casi toda su extensión, lo hicimos por entre un bosque de árboles muy pintorescos; el suelo era el más irregular que habíamos encontrado hasta entonces; a puestas de sol pudimos ver la Sierra de Córdoba, lo que significó un cambio muy agradable en la monotonía de la llanura. Todavía estábamos lejos de la posta cuando se hizo de noche. Por fortuna los relámpagos alumbraban el camino. Llegamos a las nueve y media, muy fatigados, porque mi caballo no daba más y el de Chielana se había caído, lastimándose. Encontramos a la gente de Santa Bárbara muy alarmada por la proximidad de

los indios que estaban a catorce leguas más acá de Río Cuarto. Poco después de llegar se desencadenó una tormenta que duró toda la noche. La población consistía en doce ranchos. Fuimos bien recibidos. El agua era mala.

En estas últimas poblaciones habíamos visto algunos montes de duraznos, que, al parecer, crecían en mejores condiciones que otros árboles. Se trata de durazno fuerte, pero bastante agradable, si se considera la falta de agua y el excesivo calor. Por lo general alcanzábamos a divisar las poblaciones desde una distancia de siete millas y como un punto oscuro en el horizonte. En cuanto a los caballos que monté, me resultaron generalmente buenos. Con un poco de yerba-mate y algunos cariños a los chicos, ganaba siempre los caballos más mansos. Muy a menudo, sin embargo, porfiaban a derecha o izquierda para juntarse a otros animales y tenía que valerme de todas mis fuerzas para sujetarlos.

*5 de marzo.* A pesar de mis grandes empeños por salir muy temprano, eran las siete de la mañana y no habíamos montado. Hicimos hasta Santa Bárbara seis leguas. Paramos en el arroyo del mismo nombre que nace en las montañas de Córdoba y corría a la derecha de nosotros por el fondo de una gran barranca producida por las lluvias en otras épocas. En ella vi restos de una roca primitiva. El suelo y los productos eran los mismos.

Barrancas es un caserío formado por ranchos de barro. Hicimos, hasta Tambo, seis leguas cortas. Bonito paisaje, abundante en mimosas de escaso desarrollo parecidas al grosellero pero con menos follaje. Encontramos un arria de mulas que venía de Mendoza trayendo vino. Estas arrias marchan diez o doce leguas diarias. Por la noche, los arrieros disponen la carga de las mulas y las albardas, separadamente, formando un círculo dentro del cual se hace fuego y se duerme. El patrón iba muy apurado y forzaba la marcha porque tenía noticias de que los indios incursionaban hacia el norte pero nada sabía de su posición exacta y creía que podíamos llegar a la Punta de San Luis — lugar relativamente seguro — durante el

día siguiente. En estas pampas en que todos andan al galope, resulta imposible saber con exactitud dónde se encuentran los indios porque pueden hallarse hoy en un sitio y mañana a ciento cincuenta millas de distancia. Con todo, me sentí más seguro después de haber encontrado el arria de mulas. Bajamos hacia el río Cuarto, un río pequeño que, en el lugar por donde lo cruzamos, corría hacia el sur. Viene de la sierra de Córdoba a la que íbamos aproximándonos durante la mañana. Este río, que se pierde en una laguna, debe de tener caudal considerable en la estación de las lluvias. En la arena de la playa se notaba una gran cantidad de mica y otras materias de un período muy primitivo.

Apenas cruzado el río, llegamos a la posta de Tambo, dos ranchos pequeños. Las noticias no fueron nada satisfactorias. El jefe chileno Carrera, descontento, había reunido cierto número de indios del sur con el pretexto de caer sobre Chile, pero, en realidad, para saquear y pillar cuanto le fuera posible; una banda de esos indios se encontraba catorce leguas al sur. Así y todo, creímos que, apresurando la marcha por el norte, podríamos pasar antes de que llegaran.

Había en esta posta (de Tambo) una linda quinta de duraznos. A las dos salimos para Aguadita, distante cuatro leguas, con toda la prisa posible, porque, de caer en manos de los indios — y en el mejor de los casos — perderíamos todo, yendo como prisioneros al sur, de donde sería imposible escapar. Llegamos a las tres y media. La casa estaba al cuidado de los hombres más viejos porque las mujeres habían sido mandadas a la montaña. No pude saber nada sobre los indios pero el que hacía de maestro de posta me prometió que los caballos seguirían con nosotros en caso de no haber nadie en Barranquitas o Chañaritas. A este sitio, distante cuatro leguas, fuimos con extrema rapidez. Doblábamos el camino, descendiendo una cuesta en dirección a la posta, cuando vimos al hijo del patrón que venía corriendo a caballo y nos gritaba que nos pusiéramos a salvo, mientras señalaba un grupo de indios desmontados que agarraban caballos en el corral de la

casa. Dimos vuelta inmediatamente para encaminarnos al punto más cercano de la Sierra de Córdoba que por fortuna todavía teníamos a la vista. Tomamos ese rumbo apurando los caballos en cuanto lo permitía la naturaleza del terreno, interrumpido por grandes masas de rocas. Cuando volví la cabeza por última vez, estaban ya los indios montando apresuradamente para perseguirnos. Nuestras cabalgaduras parecían advertir el peligro de que escapábamos. Yo montaba en esa ocasión un caballo zaino, pequeño. Llegamos a la Sierra y no tomamos aliento hasta después de haber subido y bajado dos pequeños cerros en busca de un valle donde encontramos agua. Teníamos una sed extraordinaria porque habíamos hecho catorce leguas con toda la rapidez posible, durante una tarde calurosa y con la natural ansiedad. Yo metí materialmente la cabeza en un manantial. Mi guía, muy colorado de cara, por naturaleza, estaba completamente pálido.

Perdimos nada más que un pellón sin importancia y, no obstante la carrera cumplida, la carga de los caballos (cargueiros) apenas si se desarregló.

En el valle encontramos reunidos un buen número de campesinos que habían dejado sus viviendas; algunas mujeres marchaban a caballo, cada una con tres o cuatro chicos, en ancas y por delante; otras preparaban maíz cocido del que participamos con avidez, sobre todo mi baquiano Chielana. En todo el día no habíamos tomado otra cosa que una taza de mate cocido para no perder tiempo. Permanecemos en este lugar — tal vez el más hermoso que yo haya visto jamás — hasta que consideramos que no ofrecía suficiente seguridad. Entonces nos empeñamos en buscar al maestro de posta y al alcalde que andaban escondidos en la sierra. Salimos con la gente lugareña y nos distribuimos las criaturas. Yo llevaba en mis brazos un pesado muchacho. Después de seguir por mucho tiempo el más escabroso y abrupto camino de montaña, nuestro postillón, un simpático mozo, nos condujo hasta el sitio donde estaban escondidos el alcalde y el maestro de posta de la aldea vecina. Por el camino encontramos al hijo del alcalde y no

hubo manera de que nos mostrara el paso para llegar al escondrijo que se ofrecía a nuestra vista en la falda de la montaña. La verdad era que se desconfiaba grandemente de mi, por mi calidad de extranjero y en razón de que Carrera traía en su ejército buen número de personas extrañas al país. (1) No creían al baquiano y al postillón cuando estos afirmaban que yo venía del lado Este y tal sentimiento de desconfianza fué causa de que nadie quisiera acompañarme — y había más de cincuenta personas — cuando propuse en el valle que nos abriéramos camino a la fuerza entre los indios. Por fin nos pusimos a buscar algún sitio donde dormir. Yo era partidario de que pasáramos la noche en algún valle escondido donde hubiera agua y pasto para permanecer allí, si era necesario, dos o más días tratando de obtener alguna noticia cierta sobre la posición de los indios. El guía estuvo de acuerdo pero no encontrábamos el lugar a propósito. Por último, después de andar vagando hasta las once y media de una noche maravillosa, llegamos a dos miserables ranchos donde ya estaban las mujeres que habían salido con nosotros. Estas, al momento, y con la mejor voluntad, hicieron fuego y asaron un poco de carne poniendo algunas cebollas entre las cenizas; enseguida apagaron el fuego por temor de que los indios pudieran ver el humo. El baquiano quería llevar los cuatro caballos nuestros a un corral distante unas cien yardas de ahí pero yo pensé que era preferible manearlos, dejándolos ocultos entre unas malezas de los alrededores; estaban cansados al extremo, como puede imaginarse, y me admiraba que hubieran podido galopar entre los escabrosos pasos cubiertos de rocas. ¡Cuántas hermosas muestras de éstas últimas me vi obligado a dejar, entre ellas algunos cuarzos rosados que atraían mi curiosidad!

Tendí mi recado medio muerto de cansancio después de

---

(1) Algunos de los oficiales norteamericanos llegados a Buenos Aires con José Miguel Carrera en 1817, le acompañaron en las guerras civiles de 1820-1821 y anduvieron con el caudillo entre los indios del sur. Uno de esos oficiales, William Yates, escribió una crónica detallada de las andanzas de Carrera, que se publicó como apéndice al *Diario* de la inglesa María Graham, editado en Londres, en 1824. *N. del T.*

haber cabalgado por lo menos cuarenta leguas en el día. No habrían pasado dos horas cuando se dió el grito de alarma porque los indios se aproximaban. Todos los campesinos agarraron sus caballos y se pusieron a salvo. A mi me pareció imposible continuar, primero porque me vería obligado a abandonar mi equipaje y luego porque los caballos no podrían seguir adelante sin algunas horas de descanso. Las mujeres habían tratado por todos los medios de persuadirme para que me uniera a ellas y cuando se dieron cuenta de que sus ruegos no surtían efecto quisieron convencer a mi baquiano recordándole la mujer y los hijos y diciéndole que no volvería a ver el puerto de Buenos Aires. Yo le dejé completa libertad para deliberar, y, después de haber discutido, tanto él como el postillón decidieron quedarse conmigo. El resto de la gente se fué. No habría pasado media hora cuando unos cuarenta indios, armados de diversas maneras, según pudimos verlos, aparecieron sobre el cerro dirigiéndose enseguida al rancho en que nos encontrábamos. Estuvimos observándolos con gran ansiedad dispuestos a permanecer echados en tierra hasta el último momento y en caso de acercarse mucho, huir para defender nuestras vidas confiando a la fragosidad de los pasos y a la oscuridad de la noche nuestra salvación. Los indios se detuvieron, juntaron bien sus caballos, siguiendo después al corral, unas cien yardas de donde estábamos escondidos; era ese el corral donde hubimos de dejar nuestros caballos en la noche anterior. Sacaron del corral siete u ocho animales y se retiraron, no sé si pensando que los ranchos estaban deshabitados desde tiempo atrás o porque tuvieran miedo de aventurarse más adentro en la Sierra. Tan pronto como se alejaron salimos y avanzamos para observarlos; empezaba a aclarar y pudimos verlos a la distancia cuando trasponían el segundo cerro; enseguida nos aprestamos a partir. Ensilamos sin demora, emprendiendo la marcha rumbo al norte, por la montaña, como la mejor solución porque así podíamos escapar hacia Córdoba o tomar al oeste, en dirección a San Juan; de hacer esto último y siguiendo la falda de los Andes, era posible llegar a Men-

doza o bien, en caso de malas noticias, pasar de inmediato a Chile por el paso norteño de los Patos. No habíamos andado mucho cuando encontramos un hombre a caballo; por su aspecto me inspiró confianza y lo interesé por mi salvación prometiéndole un peso si quería conducirme a un sitio en plena sierra, llamado Piedra Blanca, donde según él mismo dijo, podríamos procurarnos mulas y atravesar a lo ancho las montañas hacia el oeste; desde allí era el caso de seguir a la Punta de San Luis o a Mendoza, orientándonos según las noticias obtenidas en el lugar. El consejo me pareció acertado y lo seguí, aunque esperaba por momentos ver aparecer a los indios en lo alto del cerro. El paisaje era de una gran belleza; el cuadro de montañas, tras la monotonía de una llanura triste, recorrida durante diez días, cobraba un encanto indescriptible. Cruzamos el río Cuarto, de escaso caudal y a las nueve estábamos en Piedra Blanca, siendo recibidos por el dueño de un mísero rancho. Una vez que mandaron buscar las mulas al campo, pudimos comer algo y nos acostamos a dormir la siesta. Apenas me había dormido cuando fui despertado por mi baquiano. Me dijo que los indios se habían acercado otra vez y que no estábamos seguros por lo que se hacía preciso partir sin demora. Después de la advertencia, y en lugar de ensillar las mulas y preparar la partida con otro baquiano del lugar, se puso a comer con una cachaza que acabó por agotar mi paciencia. Salimos a las doce de Piedra Blanca, siguiendo la Sierra hasta escalar y bajar una cima por los pasos más escabrosos que puedan imaginarse. Estaban sembrados de terrones de cuarzo, granito, esquistos de mica y rocas basálticas de varias especies. En tres sitios vi granitos diversos, pizarras, arcilla y basaltos de hornablenda en capas regulares. En la cresta de los cerros los hermosos cuarzos blancos formaban montones a escasa distancia uno de otro, lo mismo que las rocas basálticas. En otros lugares, grandes trozos de *gneis* se cruzaban unos con otros, de tal modo, que en Inglaterra se les hubiera tenido por piedras druídicas. Los pasos eran



más escabrosos y ofrecían mayor peligro que los que pude ver después en plena cordillera de los Andes.

Ya entrada la tarde, y luego de haber cruzado toda esa parte de la Sierra de Córdoba, en un recorrido de doce leguas, empezamos a bajar a la llanura llegando al lugar denominado "La Estanzuela". El dueño era un viejo español que, debido a esa circunstancia, había sido despojado de sus bienes por el nuevo gobierno. Se prestó a facilitarnos caballos para la mañana siguiente a fin de que pudiéramos llegar a otro sitio de nombre "Salado". Poco después de llegar, un caballero ya entrado en años y de aspecto muy distinto a cuantos hombres habíamos visto en aquellos días, salió de la casa y púsose a conversar conmigo por todo el resto de la tarde. Me dió la impresión de un hombre superior y, habiendo notado que se interesaba ansiosamente por la política europea y por la de España en particular, le facilité todas las noticias que había recogido hasta entonces. El, por su parte, me favoreció con diversas informaciones sobre el estado del país y me dió referencias sobre San Martín y Carrera. El dato más interesante para mí fué que podía sentirme seguro en el lugar donde me encontraba y que, siguiendo las indicaciones que se me dieran, llegaría sin peligro a Mendoza. Todo eso fué confirmado por don Pedro Mogica. En esas circunstancias me di cuenta, por un cuchicheo del baquiano, de que la persona con quien yo había conversado era el general Marcó, antiguo gobernador de Chile. Habiendo perdido la batalla de Chacabuco, Marcó obtuvo permiso, no sin dificultad, para retirarse a este sitio y aunque ahora estaba a punto de morir por falta de asistencia médica, le era imposible conseguir un pasaporte para trasladarse a su país natal. Me relató el general Marcó todo el asunto de Chacabuco y se quejó amargamente del general San Martín (1). Debe decirse que los hispanos americanos tienen mu-

---

(1) Francisco Casimiro Marcó del Pont, Capitán general de Chile, cayó prisionero algunos días después de la batalla de Chacabuco — en la que no tomó parte — y fué remitido por San Martín al director Pueyrredón, siendo confinado a la provincia de San Luis. Marcó había puesto a precio la cabeza de San Martín, quemado sus comunicaciones y ahorcado a sus agentes en Chile. *N. del T.*

cho del tronco ascencial y que no debe confiárseles demasiado poder.

Tanto yo como el baquiano sentíamos hambre y nos parecía que no llegaba nunca la hora de la comida. Traté de insinuarme con una cocinera negra, de nombre Cecilia, pero nada conseguí y hubo necesidad de esperar. Por último llamaron a la mesa. Don Pedro empezó a recitar una serie de oraciones que me resultaron interminables trayéndome a la memoria aquel refrán español: "Largo rezo, poca comida". También empezaba a temer que apareciera alguna fuente vacía. Por fortuna me equivoqué y nos dieron una cena excelente: asado, caldo y una especie de maíz cocido que llaman "humita". Después de cenar, don Pedro nos dijo que podíamos acostarnos y dormir en el patio; no esperábamos tal cosa pero a poco advertimos que era el dormitorio común y que toda la familia — a excepción del dueño de casa y el general — dormían allí, lo que nos consoló y en verdad que dormimos muy bien.

*7 de Marzo.* Por la mañana muy temprano me despedí de don Pedro, pensando en que nunca más volvería a participar de su mesa. Empecé la marcha para el Salado, cinco leguas de llanura en su mayor parte muy arenosa. En el Salado y en diversos sitios, vi muestras de granito rojo. En este lugar alquilé mulas y caballos para llegar a la Punta de San Luis — cuarenta leguas — por un camino libre de indios. Encontré aquí un inglés con familia que había poblado en las cercanías. Era dueño de una estancia de pastoreo y se hallaba desde hacía varios años ausente de su país. Tenía ganado en gran cantidad pero en cuanto a trigo y maíz, sólo cultivaba lo necesario para la casa.

Salimos para Rosario tomando hacia la derecha por el terreno alto y dejando a la izquierda un morro aislado. El baquiano de aquellos lugares perdió el camino y no llegamos a Rosario hasta la siete de la noche. Tenía yo una carta para el dueño de la estancia y éste se mostró muy cortés permitiéndonos quedar allí por algunas horas. También prestó un ca-

ballo a mi baquiano y nos dió bien de comer. La señora fué tan bondadosa que a poco de encontrarnos allí amasó unos bollos que me obsequió para el camino. No me invitó a entrar en la casa — según me dijo — por la gran cantidad de chinches y pulgas que había en ella. Como una hora más tarde, toda la familia empezó a acostarse en el patio para dormir. El marido y la mujer lo hicieron sobre una cama de cuero. Yo y el resto de la familia nos acostamos a su alrededor. La servidumbre menuda durmió en lugar más apartado. Rosario está situado al S. O. del morro más grande.

Como era muy urgente ganar la parte oeste a fin de ponernos a salvo de los indios apostados en el morro de San José que no habíamos circunvalado todavía, me valí del dueño de casa para que asustara al baquiano diciéndole que era necesario proseguir sin pérdida de tiempo. Por eso dormimos apenas tres horas y empezamos a cargar las mulas para la jornada; recomendé muy especialmente al guía que se ocupara únicamente del camino para evitar el riesgo de perderlo.

*8 de Marzo.* A las doce y media montamos y empezamos a caminar por entre las sinuosidades de los cerros; después de cruzar el arroyo de Rosario, llegamos a una estancia que llamaban “de Atica” y desde allí seguimos al río Quinto, que vadeamos; era ancho pero poco profundo y de suelo arenoso. Bajamos todavía una sierra y subimos otra para llegar al llano y después cruzar la sierra de San Luis. La ciudad se halla situada hacia el sur-oeste. Todas estas sierras están compuestas principalmente de micaquistos y tierras arcillosas. En algunos lugares próximos a San Luis predominan las rocas de cuarzo. Los estratos aparecen separados de curiosa manera, en forma inclinada y en algunos sitios verticales. La sierra de San Luis es más alta que la de Córdoba y abunda en hermosos panoramas. Con mayor vegetación se parecería mucho a las montañas del Brasil. En toda ella hay plantas de menta común y las barrancas de las cercanías son muy curiosas porque presentan muros calcáreos, perpendiculares, hasta de cuarenta pies de altura y muy extensos.

A las cuatro de la tarde estuvimos en San Luis. La ciudad está edificada en la punta de la sierra y por eso es más conocida por La Punta. La situación es muy pintoresca. Está formada por casuchas de barro que cubren una considerable extensión y la cruza una corriente de agua traída de la montaña. Rodean la ciudad grandes bosques de espinillas mimosas.

El caballo que había montado a las once del día anterior, llegó casi fresco a La Punta, no obstante haber recorrido cuarenta leguas, en gran parte por ásperos pasos de montaña y con un solo descanso de cinco horas durante la noche. Asimismo, apenas lo desensillaron, el baquiano se volvió con él en viaje de retorno. Esto demuestra el esfuerzo enorme que son capaces de desarrollar los caballos de este país. Hay tanta abundancia que rara vez los turnan en el trabajo; a fuerza de látigo y espuelas los hacen galopar con violencia y al poco tiempo están cubiertos de sudor. En cuanto a enfermedades, parecen tan indemnes como sus dueños. En verdad no encontré ninguna persona enferma en todo el camino desde que salí de Buenos Aires; esta noticia puede confundir a los que sostienen que la carne es perjudicial a la salud y que los molarés del hombre son aptos únicamente para masear vegetales. Toda la gente que vimos se alimentaba de carne y nada más; muchos no habían gustado nunca el pan.

La fruta de San Luis no podía ser mejor; las uvas y los higos eran abundantes y deliciosos. El comercio se reduce en gran parte a la fruta seca y el maestro de posta me informó que él vendía mil arrobas de higos secos todos los años. No tuve oportunidad de probar el vino cosechado en la región porque había desaparecido con el éxodo de la mayoría de los habitantes a la montaña. Las mujeres manufacturan muchos artículos de lana como la tela de bayeta y jergas de caballo. Hay en la ciudad una iglesia y Cabildo o Ayuntamiento; en éste último me presenté al gobernador interino quien me confió su correspondencia para Mendoza. El gobernador titular, Ortiz, había salido a campaña para combatir al general Carrera. En cuanto a las costumbres de los indios pampas, de

entre cuyas manos había podido escapar, poco es lo que se sabe, aparte lo ya mencionado. Viven en las regiones meridionales del continente, a menos que sean obligados a subir hacia el norte por la crudeza del tiempo, la escasez de alimentos, o, como en este caso, por la sugestión de un jefe y atraídos por el aliciente del pillaje. Carrera, valiéndose de emisarios, los había convencido de que era el último descendiente de los incas, de cuyo poderío tenían alguna idea por tradiciones legendarias. Así logró que siguieran sus banderas. Por otra parte, no ejercía mucho dominio sobre ellos y apenas si pudo obtener la libertad de un prisionero.

No creí prudente demorarme en la Punta de San Luis y decidí continuar el viaje en la mañana siguiente. Mi resolución fué muy oportuna porque esa misma tarde los indios se apoderaron de la ciudad.

*9 de Marzo.* A las ocho nos pusimos en marcha y caminamos entre bosques de escaso desarrollo hasta la laguna del Chorrillo, distante siete leguas cortas. En el trayecto no encontramos agua y la que llevábamos en los chifles se calentó mucho.

Hasta las Chilquitas hicimos quince leguas largas, cambiando caballos a mitad de camino; el calor era insoportable. Poco después de pasar la Laguna del Chorrillo, llegamos a las márgenes de un lago salado llamado Bebedero que tenía siete leguas de circunferencia. En el centro las aguas aparecían claras pero hasta cierta considerable distancia de la costa, la sal muy blanca y solidificada en forma de cubos, presentaba un hermoso aspecto. Esta es llevada a Mendoza y otros lugares circundantes pero se consume poco debido a un prejuicio muy arraigado: la gente cree que contribuye a la vejez prematura, y las mujeres, en especial, se abstienen cuidadosamente de usarla. El camino sigue por un espeso bosque de mimosas, de aspecto mezquino; el calor y el polvo se hacían excesivamente molestos. Como en verano llueve muy raras veces, no hay riesgo alguno de dormir al aire libre y es costumbre muy generalizada. Un poco más lejos vadeamos el

Desaguadero, río de aguas saladas que desemboca en el referido lago y sirve de límite entre las provincias de San Luis y Mendoza. Por una larga distancia fuí examinando las márgenes de este río en espera de encontrar yeso pero no hallé ninguna muestra; predominaba la greda rojiza.

Poco después, a puestas de sol, se ofreció un espectáculo de tal naturaleza, que el tiempo no lo borrará jamás de mi memoria. La altísima muralla de los Andes, que por tanto tiempo había deseado contemplar, apareció a mi vista. Los campos que se extendían al pié de la cordillera, así como las primeras estribaciones de los cerros, oscurecieron de pronto mientras las altas cumbres ostentaban al sol sus nieves eternas. Me señalaron el Tupungato, — un volcán extinguido — como el más alto de esos picos. Lamento en verdad no ser capaz de describir todo lo que se presentó ante mis ojos y las sensaciones que experimenté. Los Andes estaban a setenta leguas de distancia.

Llegamos a Chilquitas a las siete y partimos a las ocho para Corral de Cuero, pero la tarde se ensombrecía como anunciando tormenta y el calor de la jornada nos había vencido; entonces paramos en una especie de estancia sobre el camino y nos acostamos a dormir en el patio; no podía darse nada peor que las chinches de aquella casa y el mismo baquiano se quejó más amargamente que yo y que el postillón. Eran de un tamaño intermedio entre la chinche de Inglaterra o Francia y el pequeño escarabajo negro. (1) Estos bichos dejan sus escondrijos por la noche y buscan a sus víctimas en los patios. Cuando el tiempo es caluroso, nadie osaría disputarles el interior de las habitaciones. Esta aparente falta de aseo debe excusarse por la escasez de agua en la región.

*10 de Marzo.* Reanudamos el camino a las tres de la mañana, por el mismo monte, hasta Corral de Cuero, nueve leguas. La casa de posta era un rancho de barro. Salimos de ahí a las siete y cuarto, atravesando bosques parecidos a los anteriores por las márgenes del río Tunuyán que baja de la

---

(1) Las vinchucas. *N. del T.*

sierra del Portillo y termina en el lago salado ya descrito. Pasamos por la aldea de Corocorto, a nueve leguas de la última estación; componen esta aldea unas pocas casas y la circundan bosquecillos de mimosas enanas. Desde ahí hasta La Dormida hay cuatro leguas; el camino se hace, en su mayor parte, por la costa del río Tunuyán. En sus márgenes observé cierta cantidad de natrón; era casi blanco, y, en algunos lugares, de una media pulgada de espesor; en otros sitios el polvo cubría, apenas, el suelo. A Las Catitas caminamos seis leguas por entre bosquecillos de árboles muy bajos y después seguimos hasta Rodeo de Chacón donde debíamos pasar la noche. Anduvimos, desde la mañana, treinta y nueve leguas.

Legua tras legua, en esta jornada, mejoraba el aspecto de las casas y de la campaña; notábase más cuidado en el cultivo de la fruta, como la uva y el durazno, y los terrenos de cultivo inmediatos a las postas tenían riego. En Rodeo de Chacón la gente se mostró muy cortés y me dieron de cenar tres platos excelentes con vino de Mendoza, rehusando toda retribución, salvo una taza de mate cocido que tomaron conmigo. A las ocho estábamos todos acostados — padre, madre, hijas y tíos, — en el patio de la casa; la cual se hallaba tan infectada de los insectos ya mencionados, que nadie la ocupaba para dormir. Yo empecé a sentir frío y el baquiano hizo fuego preparándome un poco de mate.

*11 de marzo.* — La niña de la casa se mostró muy atenta y me dió un poco de leche; así pudimos desayunarnos. A las tres y media salimos para Retamo, nueve leguas largas, entre bosquecillos idénticos a los del día anterior; a las siete llegamos a la posta, la casa mejor edificada que habíamos encontrado hasta entonces. Antes de llegar al pueblito atravesamos campos muy bajos inundados por el río Tunuyán. El camino cambió después presentando el aspecto de una carretera regular orillada por álamos, de suelo arenoso con piedras pequeñas. Dejamos Retamo a las ocho y media para seguir hasta Rodeo del medio, siete leguas entre terrenos pantanosos. A medida que avanzábamos veíanse más campos cercados

y cruzamos el río Mendoza, de corriente muy rápida; viene de la sierra y desemboca en el Desagüadero; en ciertos períodos deja muchos campos bajo el agua, principalmente cuando empiezan los deshielos en la Cordillera. Durante toda la mañana nos gozamos en contemplar las magníficas estribaciones de los Andes, a las que nos acercábamos con rapidez. Llegados a Rodeo, cambiamos caballos y seguimos a Mendoza, distante cinco leguas. El camino — cubierto de cantos rodados — estaba bajo el agua que corría de las montañas revelándonos que íbamos en ascenso — cosa que, de otra manera no hubiéramos advertido. A uno y otro lado aparecían indicios de que nos acercábamos a una ciudad importante: campos de cultivo, cercados, y quintas en cuyos techos secábase al sol la pimienta de Chile que también se veía desparramada frente a las puertas de las casas.

Por último entramos a los extensos suburbios de Mendoza, llegando sin dificultad a la casa de don Manuel Valenzuela para quien yo tenía una carta de recomendación que me había facilitado don Juan Watson en Buenos Aires. El Sr. Valenzuela me recibió con mucha bondad, franqueándome alojamiento en su casa.